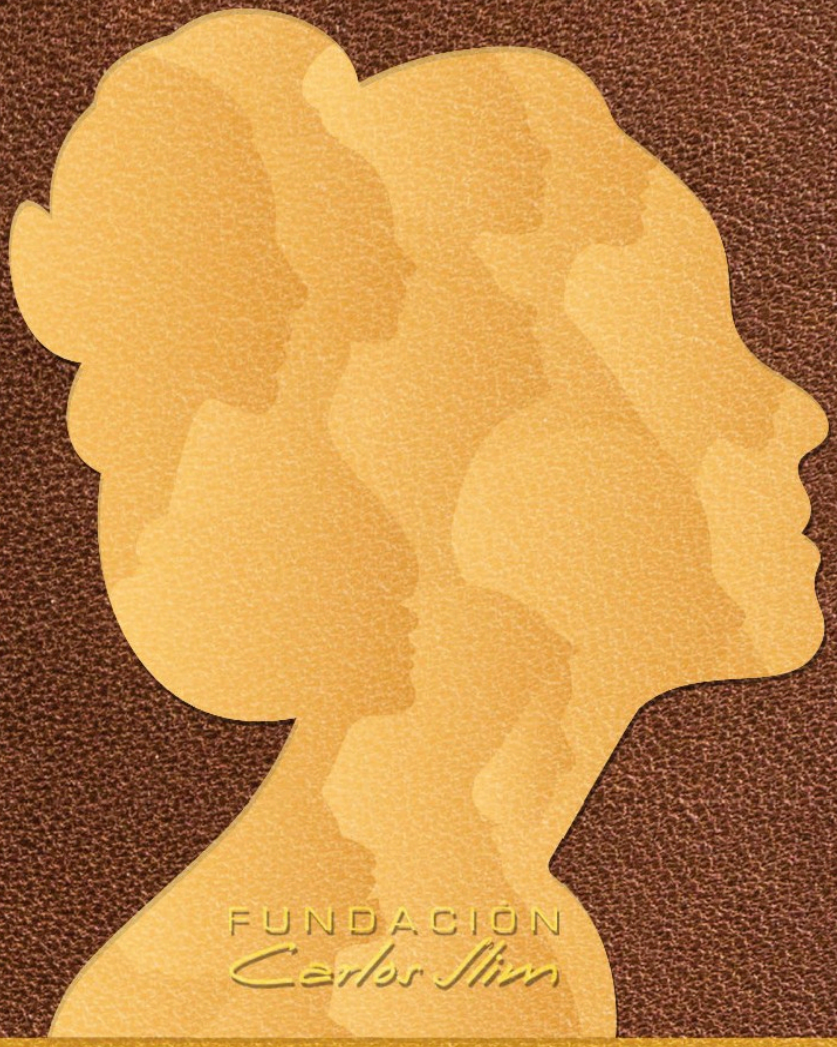
América y sus mujeres

Emilia Serrano



FUNDACIÓN Carlos Slim

América y sus mujeres

(Fragmento)

Serrano, Emilia

Historia

Se reconocen los derechos morales de Serrano, Emilia.
Obra de dominio público.
Distribución gratuita. Prohibida su venta y distribución en medios ajenos a la Fundación Carlos Slim.

Fundación Carlos Slim
Lago Zúrich. Plaza Carso II. Piso 5. Col. Ampliación Granada
C. P. 11529, Ciudad de México. México.
contacto@pruebat.org

A LA SEÑORA DOÑA
JACINTA DE CRESPO

Amiga inolvidable y querida:

Por tu carácter, por tus virtudes, por tu acendrado patriotismo y por ser dignísima compañera de un hombre tan ilustre por su valor como por su honradez acrisolada y sus antecedentes políticos, representas, según mi opinión, á la mujer americana, ya amantísima esposa y madre y reina del hogar, ya varonil y enérgica, en luchas ó infortunios, en las grandiosas abnegaciones y en los sacrificios divinos y misericordias humanas, inspiradas en el deber ó en la caridad.

Y el culto que rindes á Venezuela, tu alegre patria, ríndeslo también á toda la libre América, y entusiasta por sus glorias y orgullosa por sus adelantos, adivinas y tienes fe y esperanza, en un futuro esplendoroso y en el incontrastable influjo que obtendrá el mundo de Colón.

De haber nacido en aquellos tiempos memorables de la Independencia, hubieses tenido un puesto en la Historia, como lo tienen las heroínas Policarpa Salavarrieta ó Antonia Santos: lo afirmo.

Tan especiales condiciones explican el por qué te dedico este libro, ofrenda de cariño, exponiéndome á que tu modestia, mal avenida con mi justa franqueza, se ofenda y subleve por mi singular atrevimiento.

De todos modos, lo disculparás por los principios que encierran estas páginas y por el pensamiento á que obedecen.

Torre de la Salud, mayo de 1890.

La Baronesa de Wilson.

AMÉRICA Y SUS MUJERES

INTRODUCCIÓN

AL escribir las primeras páginas de este libro, intérprete de mis impresiones y reflejo de perdurables recuerdos, habré de retroceder hasta mi infancia, para dar algunos detalles no ajenos á esta obra, y los que harán comprender mi predilección por la tierra americana y las causas que á ella me condujeron.

Era muy niña cuando se despertó en mí la afición á las letras, ó más bien nació del asombro que me inspiraban dos hombres insignes, á quienes con frecuencia veía en mi casa y que eran íntimos amigos de un sabio tío mío, hermano de mi madre. Paréceme estarlos viendo.

Uno de ellos tenía la mirada benévola, expresiva y franca: el rostro ovalado: la frente ancha y encerrada en un marco de abundantes y desordenados cabellos. A esto uníase clarísima inteligencia, que, á la par de lo ameno del trato y de lo chistoso del carácter, granjeábale las simpatías de todos.

El otro imponíame con su belleza severa y clásica, con su arrogante y altivo porte y con su nombre, que oía pronunciar entre admiraciones y respetuosa consideración.

El primero era Martínez de la Rosa: el segundo Alfonso de Lamartine.

Recuerdo mi devoción al escuchar sus conversaciones políticas ó literarias y la impresión que en mí producían; también pienso en que no pestañeaba, ni me movía, ni pronunciaba una palabra, temerosa de perder alguna de las suyas, que poco á poco operaban en mí extraña transformación, lo que observado por mis compañeras de colegio, dió lugar á que algunas traviesas y burlonas me llamaran *Mademoiselle Minerve*, único nombre que se les ocurrió al verme más dispuesta á pasar las horas de recreo leyendo, que á las bulliciosas alegrías de otro tiempo.

Con febril impaciencia aguardaba la época de vacaciones, porque únicamente por entonces veía á los que puedo llamar mis indulgentes maestros, á la vez que sin trabas dedicábame á sabrosas lecturas de autores españoles y extranjeros: gustábame mucho el esclarecido Balmes, cosa que parecerá extraña en una niña; deleitábanme *El padre Goriot* y *Eugenia Grandet*, á la vez que otras obras de Balzac, el admirable disector del corazón humano; también eran mis preferidas las de Walter Scott, creador

de la novela histórica, que tenían para mi infantil imaginación irresistible encanto, téngase en cuenta que saboreaba aquellos libros en su idioma nacional, pues habitando París desde mi edad más tierna, encontraba tan familiar el francés como mi rica lengua nativa, y viajando durante el verano por Italia é Inglaterra, con esa facilidad peculiar en los niños y por especial afición, había aprendido el dùlce lenguaje de Alfieri y el de Shakespeare.

Precisamente en unas vacaciones, veraneando al pie de los Alpes y á orillas del pintoresco lago de Como, conocí á un viejecillo vecino nuestro, el que entre otras manías que su avanzada edad disculpaba—faltábanle doce años para un siglo—tenía la de creer en la metempsicosis ó transmigración de las almas, y contaba con pasmosa y formal convicción que en las evoluciones del mundo animal, antes de pertenecer el hombre á la raza perfecta ó caucásica, era primero etiope y después indio, ó sea de raza de color, que tiene el término medio entre la primera y la segunda.

Añadía el sabio octogenario, con gravedad imperturbable, que su alma, al despojarse de la envoltura africana, había tomada posesión de otra mogólica, y que entonces fué uno de los caciques que acompañaron á Colón en todos sus viajes, desde que descubriera la que él nombró Isla Española, hasta el día en que las injusticias y la ingratitud de los hombres le hicieron morir pobre y desesperado.

Y por último, que al entrar en la tercera faz de su existencia, los espíritus heraldos del pasado, habíanle referido su historia y puesto de nuevo en comunicación directa con Cristóbal Colón.

Molestábase mucho el buen Máximo si se ponía en duda su dicho, y como era profundamente instruído y su conversación entretenida y curiosa, nadie se propasaba á contradecirle. Maravillada y atenta escuchaba yo sus relatos, y sin duda por esto y porque era la más crédula de sus oyentes, prendóse de mí hasta el extremo de preferirme á todos y de gustar le acompañase en sus paseos, cosa que á la verdad me encantaba, porque durante una hora ó más recibía lecciones pintorescas y variadas de Historia, de Botánica, de Literatura y hasta de Filosofía, que en todo estaba versado el anciano, sin que le perjudicasen sus divagaciones por el mundo de los espíritus, antes por el contrario, prestaban á su palabra singularísimo atractivo.

Las extrañas ideas que desde su juventud abrigaba, le habían hecho gastar lo mejor de su caudal en colecciones de libros antiguos y modernos, todos relacionados con la historia de las Indias, guardados cuidadosamente y como un tesoro en una pieza de su casa, en donde jamás había permitido

la entrada á nadie, ni aun á la criada que le servía, aunque para ello le diesen derecho los cuarenta años pasados con Máximo. Una mañana, después de un largo paseo, durante el cual, y como de costumbre, habíale yo servido de báculo, quiso por vez primera enseñarme su santuario, en donde pasaba horas y horas sentado en un antiquísimo sillón, que armonizaba con las grandes mesas cargadas de libros y con los estantes llenos de polvo y literalmente cubiertos de telarañas.

Mientras que mi extraño amigo descansaba recreándose con la hermosa perspectiva del lago, de las montañas, de la verde y fresca campiña y de las risueñas quintas á las que prestan sombra los naranjos y limoneros, devoraba yo con los ojos las pilas de libros. Poco á poco fuí perdiendo el miedo, y me acerqué á una de las mesas, hojeando el primer volumen que encontré bajo mi mano. Eran *Los Mohicanos*, por Fenimore Coopper. Con ansia leí las primeras páginas, y después solicité permiso para volver al día siguiente y continuar la lectura. Desde entonces tuve carta blanca para merodear á mi antojo en el inmenso archivo, y excuso pintar los nuevos horizontes que descubrió mi soñadora fantasía. *Los Viajes de Cristóbal Colón*, la *Historia de las Indias*, por el P. Las Casas, *La Araucana*, de Ercilla, y otras obras, fueron el origen de mi entusiasmo por América. Las escenas de la vida de los indios, descritas gráficamente; los descubrimientos y conquista, las batallas, las heroicidades de españoles y de indígenas, la lucha tenaz y justa de los hijos del Nuevo Mundo contra los invasores, me enajenaron hasta el punto de olvidarme de todo lo que no era leer, dándose el caso de renunciar á paseos y á otras distracciones, por entregarme á mi pasión favorita.

Nada influyeron en mí las reflexiones paternas y las suaves palabras de mi madre para moderarla. Apoyábame, celebrando mi afán y decidida afición por los libros, el viejecillo, mi amigo más íntimo cada día, y con el cual, alardeando de las bondades de mi memoria, sostenía sendos coloquios, no temiendo aventurarme en hacerle preguntas á las que bondadosamente contestaba mirándome con sus ojillos vivos y penetrantes, sonriéndome y complaciéndose con la índole especial de mis estudios, que hacían temer á mis padres abandonase otros que por entonces debía seguir, y que á su parecer eran más ventajosos.

Honda fué mi tristeza cuando vi llegar el momento de nuestra marcha, pues había cobrado singular afición al sabio monomaníaco, que tenía corazón de oro y tan bueno y sencillo como el de un niño. Llorando me despedí de él, y aumentóse mi pena cuando le vi trémulo y con los ojos húmedos

por la emoción. Todavía guardo un antiguo puñalito veneciano que me regaló, y que él usaba para cortar papel.
Ya estábamos de regreso en París, cuando cumplí catorce años, y acercábase rapidamente el día en que concluída mi educación y resuelto mi padre á volver á Espana, había de dar un eterno adiós á la vida del colegio; pero antes de que así sucediese, fuí solicitada en matrimonio, y sin cumplir los quince años, colgué el uniforme de colegiala para vestir el traje de novia.
Mis ideas y mis aspiraciones tomaron distinto rumbo, cesando por completo mis retraimientos y mi exclusivismo por la lectura. Mi marido deliraba por los viajes, natural afición en los que han nacido bajo el opaco cielo y entre las nieblas de Londres. Habíase educado en Alemania, patria de su madre y en donde habitaba parte de la propia familia, que expatriada voluntariamente durante el mando de Cronwell y después de haber visto morir en el cadalso á Carlos Stuardo, á quien servía y amaba, hizo de Austria su segunda patria. Tales causas nos llevaron recién casados á las orillas del Rhin, alfombradas con ruinas y pobladas por recuerdos y fantasmas de la Edad Media.
Allí volvió á renacer mi amor por la literatura al identificarme con Goëthe y con Schiller. Mi marido era apasionado admirador de ambos genios, que opuestos en todo y sin más puntos de contacto que su soberana inteligencia, fueron dos astros que, atrayéndose mutuamente, se engrandecieron, confundiéndose y completándose en fraternidad tan estrecha, que el autor de *Werther* y el de *Guillermo Tell* no formaron sino una sola individualidad grandiosa é inmortal durante largos años.
¡Oh qué hermosa vida la de Goëthe! Laboriosa, pero llena de luz; la gloria lo acompañó desde muy temprano, y vióse colmado de honores y objeto de la general admiración, tanto más lógica si se considera que al gigantesco ingenio, se unía la belleza física más perfecta.
En Francfort y Weimar vimos hermosos retratos del poeta, y su bellísima cabeza me recordó la de Lord Byron y la de Espronceda. Se asemejan: son tres cerebros colosales, que á no dudarlo han tenido muchas condiciones y aptitudes parecidas.
Pasaré por alto los variados detalles de aquel viaje inolvidable; pero haré mención de que, deseosos de navegar por el Danubio hasta la embocadura del mar Negro, nos dirigimos á Ulma para embarcarnos y bajar por el gran río, arteria del comercio de Levante, paso de los cruzados para Servia y campo de batalla de los turcos después de la conquista de Constantinopla.

Pasados tres meses volvimos á Francia, y días después estábamos en Italia. Venecia, Florencia, Turín, Nápoles y Milán, fueron objeto de nuestra admiración, y de sorpresa en sorpresa llegamos á la corte cesariana, á la Ciudad Eterna. Aquí debo confesar que nuestra primera visita fué para el Coliseo, permaneciendo en él dos horas largas, absortos y poderosamente impresionados. Nos faltaban las palabras, y el silencio era mil veces más elocuente. El sol estaba en su ocaso cuando entramos en el ancho circo, y á corto rato nos envolvieron las sombras del crepúsculo. Nunca, en toda mi vida, olvidaré la sublime majestad de cuanto nos rodeaba.

Al día siguiente le tocó el turno á la sin par basílica de San Pedro, prodigio del Renacimiento. ¡Qué cúpula, qué naves, qué lujo de estatuas admirables, qué sepulcros, qué templo, en donde el más ateo ó el más materialista debe *sentir y creer!*

El tiempo de nuestra permanencia en Roma estaba limitado, porque en día fijo debíamos encontrarnos en Londres. Una no prevista circunstancia nos detuvo al llegar á París. Dos semanas más tarde nació mi hija Margarita Aurora, derramando esperanzas y alegrías. Aplazóse el viaje á Londres indefinidamente, porque entraba el invierno y no había que pensar en un cambio brusco de temperatura para mi ángel de ojos negros y cabellos rubios. Todos aquellos meses fríos y desapacibles, fueron los más dichosos de mi vida. No frecuenté teatros ni salones; no hice ni recibí visitas de etiqueta, porque todo mi tiempo parecíame corto para dedicárselo á mi hija y á la vida de familia.

Al llegar á este punto, visten mis recuerdos color sombrío y tristísimo, y aun cuando los memorables acontecimientos de aquella época fueron el origen del cambio total que se operó en mi modo de ser y de pensar, marcando otro rumbo á mi porvenir, no creo del caso enlutar estas páginas con un detallado relato, el que, pesado para el lector, sería también doloroso para mí, pues que á pesar de los años transcurridos todavía no están cicatrizadas en mi corazón las heridas hechas por la mano inexorable de la muerte; baste con saber que dos años después de casada, y al cumplir yo los diecisiete, era viuda.

Temieron mis padres que tan terrible dolor trastornase mi juicio, porque durante algunos meses ni supe darme cuenta de lo que por mí pasaba, ni hubo cosa alguna bastante influyente para distraer mi pensamiento siempre fijo en la catástrofe que instantáneamente había convertido en estéril páramo el risueño y lozano campo de mis ilusiones, á semejanza de abrasador y volcánico aluvión que agosta y destruye cuanto á su paso halla.

No tenía aún nueve meses mi Margarita; pero á pesar de esto servíame de infinito consuelo, si bien á veces despertaba más vivo el recuerdo de perdidas venturas, haciendo el presente más tenebroso y amargo.
Viajé, y buscando aquello más acorde con el estado de mi ánimo, accedí á las instancias que me hizo mi padrino el Conde de Diesbach para visitar la catedral de Brou, en el departamento de la Bresse. Su magnificencia me asombró; aquella iglesia, soberbio resto de la arquitectura gótica, engalanada como para una fiesta nupcial, bordada cual regio manto, vestida con todos los esmaltes y esplendores de la Edad Media, descollaba en un país de agreste belleza, entre una espesura en donde apenas lograban penetrar los rayos del sol por la corpulencia y elevación de los centenarios árboles.
Después de la primera visita, sentí vehementísimo deseo de estar sola y de estudiar una por una todas las bellezas que á la ligera había visto, y al día siguiente muy de mañana volví á la Catedral. Los primeros rayos del sol iluminaban los calados rosetones, las altísimas bóvedas, los encajes de mármol, las atrevidas columnas y el maravilloso coro de granito que deslumbra por su delicada y preciosa labor. Las impresiones de aquel viaje tuvieron benéfica influencia para mi corazón y aliviaron los profundos pesares de mi viudez, inspirándome mi artículo *La Edad Media*, que escrito en francés fué primero publicado en periódicos de París y reproducido en castellano por mi excelente amigo Francisco Javier de Moya, que era á la sazón director de *La Iberia*. Desde ese día volví á mis estudios literarios y á mi intimidad con los libros; y ya en francés, ó bien en español, distraíame hilvanando algunos artículos, entre los cuales uno me valió críticas acerbas, á la par que la aprobación y los plácemes de muchos insignes ingenios, bien porque estuviesen de acuerdo con el pensamiento ó por efecto de su indulgencia y amistad por la autora, que es lo más probable.
Sería preciso estudiar la historia de la mujer desde los tiempos más apartados y en las sociedades más remotas; la influencia que ha ejercido en todos los pueblos y en todas las civilizaciones, y las extrañas vicisitudes que la han agobiado, para comprender y avalorar sus méritos y sus facultades intelectuales: pero no son de este lugar ni es mi propósito desarrollar las ideas que en pro de la mujer acuden en tropel á la imaginación: tiempo y espacio habrá para expresarlas, y si esto no sucede, hablarán por mí y con mayor elocuencia los hechos que desde la publicación de mi artículo *La Mujer de hoy* se han sucedido en honra y gloria de aquélla.
Mi amor á las letras continuó traduciéndose, no sólo en prosa, sino también en verso, y sin explicarme cómo ni por qué méritos me encontré

de repente entre el número de redactores de *El Eco Hispano-americano*, todos gente grave y profunda, como D. Ramón de Lasagra, hombre científico y ya entrado en años; pero que, antítesis de otros, se desvivía por el progreso de la mujer, y sin duda por ser yo partidaria de él me cobró entrañable cariño. Los elementos que me rodeaban eran muy á próposito para estimularme á escribir, renovándose mis aficiones del lago de Como, relacionadas con América; porque Lasagra y un amigo suyo, el Barón de Guilmaud, antiguo ministro de Francia en el Uruguay, sostenían frecuentes conversaciones, y en ellas, como en un risueño panorama, se me aparecía el Nuevo Mundo con todas sus pompas y esplendores. De aquellas íntimas y sabrosas descripciones nació mi periódico la *Revista del Nuevo Mundo;* dirigida en la parte política por el Barón de Guilmaud, y en la cual inicióse la idea que más tarde ha tenido completo éxito: la unificación de todos los países hispano-americanos con la madre tierra que pródiga les diera desarrollo moral é intelectual, un idioma rico, enérgico y hermoso, costumbres nuevas y la consoladora religión católica.

Por entonces, y satisfaciendo un deseo de mi corazón maternal, escribí un libro para mi hija, *El Almacén de las Señoritas*, que fué á parar á manos de mis editores Rosa y Bouret, acompañado por otros tomitos para la *Biblioteca de la Juventud*, á la vez que me ocupaba activamente y á título de pasatiempo en algunas traducciones del inglés al francés y de éste al castellano. Olvidaba decir que Alejandro Dumas me encantaba, y que siendo muy niña solía el autor de *Los Mosqueteros* levantarme en sus vigorosos brazos, sosteniéndome largo espacio en el aire y concluyendo por sentarme en un taburetillo á sus pies y contarme cuentos, cosa en verdad muy de mi gusto y que yo solicitaba con la tenacidad peculiar en los rapazuelos. Recuerdo con ternura al dialoguista más ameno de este siglo, al hombre de inventiva asombrosa que entretenía deleitando al lector, y que merced á tales dotes disculpábansele las muchas licencias históricas y la inverosimilitud de numerosos episodios. Basta con lo dicho para comprender que entre mis traducciones figuraban algunas obras de Dumas, entre ellas *Los Compañeros de Jehú, Creación y Redención*, una de sus novelas más originales y curiosas, y varios artículos literarios. También trasladé al castellano las conferencias artísticas de Lamartine, que tenían un delicioso sabor estético, apreciaciones críticas admirables y gráficas pinceladas.

En aquella época escribí un poemita religioso, en verso, *El Camino de la Cruz*, que con preciosas viñetas publicó en lujosa edición la casa Rosa y Bouret, y tanto por aquel trabajo como por mi can to *La guerra de Africa*, saboreé las primeras satisfacciones literarias, que son de alto

precio para un escritor novel y que fingen llano, florido y risueño el camino de las letras. Publicáronse en Madrid mis composiciones á Castillejos y Tetuán, que tuvieron por fuente inspiradora las bellísimas páginas de Pedro Antonio de Alarcón, escritas en Marruecos durante la memorable campaña, y el amor al suelo natal, que es para mí el amor de los amores.

Expresamente pasé de París á Madrid, para recrearme con la vista del ejército que en África habíase cubierto de gloria, deseosa también de felicitar cordialmente á O'Donnell y á Prim, amigos antiguos de mi familia.

Perdurables recuerdos guardo de ese tiempo, unos llenos de luz, de armonías y de aromas, y otros empapados en lágrimas y velados por negros nubarrones. De los últimos hablaré después, y en la serie de los primeros citaré el más importante: una lectura, la primera que hacía en público, y por más que éste era de amigos y puedo decir de compañeros, no dejó tal acontecimiento de preocuparme muchos días antes.

Tratábase de la segunda velada en un templo levantado á las artes por el insigne escultor Piquer, que como recordarán muchos de los que estos renglones leyeren, era artista en todo el sentido de la palabra. Por exquisita y galante fineza habíame dedicado la fiesta, motivo por el cual adquiría el compromiso grandes alturas; porque si bien tomaban parte las secciones dramática y musical; estábame reservada en absoluto la literaria.

Puedo asegurar que al llegarme el turno señalado en el programa, me pareció que las luces se centuplicaban y que el salón del Liceo agrandábase hasta lo infinito.

Supe después que en la primera composición (*Al Genio*), mi voz, que de suyo es llena y hasta un poco fuerte, llegaba á las primeras filas ahogada por la emoción; pero que en la segunda vez, al recitar la oda *A las Artes*, habíase elevado á su justo diapasón. Debí estos detalles á la Prensa, la cual; y muy en particular *La Época*, mostrábase harto benévola y lisonjera para la joven lectora. Y aquí es necesario decir que José Zorrilla, dos ó tres años antes de pasar á México, habíase complacido en París en hacerme recitar los robustos versos del poema *Granada* y no pocos de los *Cantos del Trovador*, y que yo, escuchándole á mi vez, procuraba imitar lo inimitable; su estilo y las inflexiones de su voz.

No he olvidado que un periódico mexicano decía al dar cuenta de una brillante fiesta de las muchas con que festejaron á Zorrilla: «¿Qué hace mejor el poeta español, versificar ó leer?» Si la casualidad pone en sus manos este libro, puede ser que despierte en su imaginación algún recuerdo medio borrado por los años y acudan á su mente nombres y cosas, que su

gallarda musa consignó en estrofas fáciles y bellas y en serenatas de sabor morisco.
En mi vida, se han seguido muy de cerca y han alternado con pasmosa regularidad los alborozos con las más hondas amarguras y las felicidades con dolores acerbos. Aun recreábame con las dulzuras de mi primera campaña en el liceo Piquer y con las ilusiones en ella cosechadas, cuando la muerte del Barón de Guilmaud y la delicada salud de mi Margarita, me llevaron precipitadamente á Francia.
La lucha fué larga y penosa, y los días se sucedieron angustiosos y llenos de inquietudes mortales. Sólo un corazón de madre puede comprender las ansiedades de tan terribles momentos y las torturas que, desgarrando el alma, la dejan herida para siempre. Mi ángel volvió al cielo, y yo quedé en la tierra entregada á cruel desesperación y muerta para el júbilo y la esperanza. Desaparecieron la actividad, la sed de gloria, el entusiasmo poético, y en vez del armonioso coro de las musas, no se escucharon en mi hogar sino sollozos y gemidos.
Mi madre me sacó de aquel estado, que era alarmante por su duración: su entrañable amor la sugirió medios ingeniosos para que poco á poco se efectuase en mí saludable cambio; pero como el sufrimiento era siempre grande, necesitaba desbordarse y desbordó. Una madrugada me levanté calenturienta y bajo el peso de la idea constante que me dominaba escribí *Mi dolor* y *Tus versos;* esta última composición respondía á otra de la dulce poetisa, hija de Cuba, Luisa Pérez de Zambrana. El final es un grito del alma, un eco de mis agonías. Tal vez por el sentimiento que rebosa en sus estrofas obtuvo una acogida inesperada para mí, pues la mayoría de la prensa suramericana las reprodujo.
París tenía recuerdos tan dolorosos para mi madre y para mí, que resolvimos trasladar la residencia á España, lo que mi padre deseaba también.
Pasamos largo tiempo viajando. Disfruté de las pintorescas perspectivas que ofrece Galicia, la Suiza española; encantáronme *Las Mariñas* y los valles de Padrón; pasé horas y días contemplando en la Coruña el tempestuoso Orzán y recorriendo las fértiles propiedades de los Condes de Priegue; de la de Anceis conservo vivísima y grata memoria; en ella, y al calor de la amistad, vi transcurrir días apacibles y gratos.
Desde las costas gallegas me trasladé á Cádiz; de allí hice excursiones y paseé mis tristezas por los exuberantes vergeles de Puerto Real y por las risueñas campiñas de Jerez. Fuí á la morisca Granada, mi ciudad natal; pero de la cual había salido cuando apenas contaba algunos meses.
En todos los viajes acompañábame generalmente mi madre, soportando

con admirable paciencia los caprichos propios de un corazón enfermo, al que nada satisfacía ni alegraba. Muchas de mis poesías líricas son de ese tiempo: todas acusan mi eterna melancolía.

También leía mucho, sobre todo lo referente al Nuevo Mundo, porque avasallábame la idea de atravesar el inmenso Océano para adquirir exacto conocimiento de regiones que me forjaba yo con todas las magnificencias del antiguo Oriente. Es decir, por su curiosa historia, por sus extrañas leyendas prehistóricas, por las galas de la Naturaleza, que un sol de fuego hace eternas y sin rival, y por las antiguas ruinas que me atraían con irresistible atractivo. Ensueños de oro podría llamar á los éxtasis de mi inquieta fantasía cuando vagaba por bosques y florestas americanas.

Ocurrióseme de la noche á la mañana embarcarme para Cuba, haciendo escala en Puerto Rico y Santo Domingo, el que hacía corto tiempo habíase ó habían anexionado á España. Mi viaje duró año y medio, y me reservo dar cuenta de mis impresiones en posteriores páginas de este libro; pero sí debo advertir que dió á mis ideales visos de esplendorosa realidad, antojándoseme que sólo con dibujar al natural tipos, hábitos y escenas de la vida real, y vigorizando el cuadro con algunos toques históricos y pintorescos, resultaría un todo interesante y un estudio de pueblos que aun falta mucho para conocer bien.

Al volver de las Antillas y al cabo de corto tiempo, en España sobrevino la revolución de 1868; encontrábame en el Puerto de Santa María borroneando las páginas de mis novelas *Magdalena* y *El Misterio del alma*, ensayo ambas, aunque muy imperfecto, del naturalismo. La evolución política produjo en mi ánimo y en mi sé extrañas impresiones. Había sido mi padre uno de los más decididos defensores del combatido trono de doña Isabel II, cuando ésta era muy niña, y el primer nombre que balbucearon mis labios fué el de la Reina y el de la augusta señora, que en suelo extranjero sufría como soberana y como madre. Los sangrientos episodios de la desastrosa guerra civil me fueron familiares desde la edad más tierna, y grabáronse más indeleblemente en mi infantil memoria porque á veces y con frecuencia las equivocadas noticias de una batalla, las exageradas narraciones, naturales siempre en anormales circunstancias, y los peligros del ejército en campaña, alarmando á mi madre, la hacían derramar abundantes lágrimas, que trocábanse en júbilo y en amorosas caricias para mí, cuando una carta ó un mensaje verbal tranquilizaba su corazón de esposa.

Por tales antecedentes, el estruendo del trono que caía hecho pedazos, el ostracismo de la familia Real, los graves sucesos políticos que se sucedieron

y el estado general del país, causáronme profundísima impresión y
me hicieron abandonar Andalucía. Disgustada y pesarosa pasé á Madrid para reunirme
con mi madre y solicitar de mi padre que me acompañase
hasta París. Un suceso pudo hacer funesto el viaje. Voy á referirlo: mi madre
y yo viajábamos en el coche reservado para señoras, y teníamos por
compañera á una anciana venerable y digna de respeto por su clase y por
su carácter. Muy cerca de Biarritz manifestó su deseo de bajar en el balneario,
y con amistosa insistencia y cariñoso empeño quiso persuadirnos permaneciésemos
aquella noche en su compañía y continuáramos el viaje al día
siguiente. Vaciló mi madre, porque en la viajera habíase encontrado con
una antigua amiga de la infancia; pero yo, obedeciendo á no sé qué inexplicable
presentimiento, combatí el propósito de nuestra compañera. Todo
fué inútil: el cansancio la hacia regocijarse con la idea de disfrutar algunas
horas de descanso en una buena cama. Cuando llegamos á Biarritz,
sentí oprimírseme el corazón, y por natural impulso abracé á la anciana,
viéndola bajar del tren, muy conmovida y siguiéndola con los ojos velados
por el llanto.

Aun hoy extraño haber cobrado tanto cariño á la viajera en las pocas
horas que había durado nuestro viaje.

En la mañana del segundo día de mi llegada á París, fuí á saludar á
una augusta desterrada y la encontré profundamente triste: había lágrimas
en sus azules y dulcísimos ojos. Un horrible suceso era la causa. El
choque de dos trenes muy cerca de Orleans: el correo que iba de Burdeos
á París y otro de mercancías que marchaba en dirección de Angulema.
¡Qué catástrofe! ¡Qué cruel y siniestro desenlace de la vida! ¡Me estremecí
de espanto! ¡Un recuerdo me sobrecogió, un nombre salió de mis
labios! La noble anciana, mi amiga de algunas horas, había perecido; la duda
era imposible; ansiosa por saber detalles, corrí á la estación del Norte;
con incopiable angustia averigüé que sólo habíanse salvado algunos pasajeros
de segunda y tercera clase. Según me dijeron, por una sortija con las
armas ó con el nombre se logró identificar el cadáver medio carbonizado
de mi infortunada compañera de viaje, madre de un erudito y conocidísimo
escritor español. Apenas hace cuatro años que al encontrarlo en Washington,
evocamos el tristísimo recuerdo.

Pocos meses duró mi ausencia de España, y en ese tiempo me consagré
con mayor ahinco á la historia americana; el pensamiento de visitar
el Nuevo Continente arraigábase en mi ánimo con singular persistencia.
Volví á Sevilla, y cumpliendo una palabra empeñada muy de antemano
con Asquerino, escribí para su periódico *La América* una serie de artículos titulados *El*

Danubio, y que algunos años después leí en los Estados Unidos traducidos al inglés.

La antigua corte de D. Pedro *el Cruel* encerraba para mí el dulcísimo atractivo de la amistad, y ¡qué días y qué horas pasé entonces con la ingeniosa paisajista de las costumbres andaluzas, Fernán Caballero, deleitándome á la par el amable trato y el ameno decir de la insigne Avellaneda! Ambas, la autora de *Alfonso Munio* y la de *La Gaviota*, han dado brillante lustre y vigorosos tonos á las letras españolas de este siglo.

Empezaba á dibujarse la evolución literaria que descubría ignorados horizontes, anchos caminos para la ciencia de escribir, y que alcanzó vida propia en España, sobreponiéndose al naturalismo francés por las filigranas del idioma, por su riqueza y delicado colorido. Este movimiento literario acentuábase y tomaba carta de naturaleza cuando yo, sin fijarme en inconvenientes gravísimos ni en riesgos lógicos, guiada sólo por el vehemente deseo que de largo tiempo no me daba momento de reposo, resolvía salir de Europa, emprender mis investigaciones por el dilatadísimo Nuevo Mundo y penetrar en sus selvas vírgenes, vestidas con la incomparable suntuosidad que el Autor de todo lo creado prodigó sin límites en aquellas regiones. Soñaba con escalar caminos dificilísimos, subir á las cordilleras envueltas en su inmaculado manto de nieve, analizando desde allí las perdurables bellezas de los valles, lo pintoresco del conjunto y finalmente estudiar en ciudades, aldeas y chozas los tipos singularísimos y las costumbres primitivas conservadas entre los indígenas.

Verdaderamente sentíame enamorada de la idea, pareciéndome ya verme en medio de aquellas majestuosas soledades que cruzaron los atrevidos españoles del siglo XVI y XVII, tan aficionados por su índole aventurera y audaz á enredarse en empresas riesgosas y erizadas de dificultades. No podía ocultárseme lo temerario del propósito; pero mi excelente salud y la incontrastable fuerza de voluntad, salían fiadoras para que no temiese el cansancio moral ó físico.

Aguijoneada por mi impaciencia, y en vísperas de poner en práctica mi proyecto, hablé de él á mis amigos y familia, y no hay para qué ocultar el mal efecto que produjo. Todos opinaron que era descabellado, y no faltó quien dijo estas ó parecidas palabras: «La empresa sería grandiosa, si no la viese como imposible para ser realizada por una mujer, y paréceme mayor locura que aquella de D. Quijote. ¿Acaso es grano de anís atravesar territorios extensísimos, internarse por bosques plagados de alimañas de toda especie y á lomo de mula, y como quien dice con el alma en un hilo vencer jornadas y jornadas, subiendo riscos, atravesando llanuras

bajo el candente sol de los Trópicos, huyendo á cada instante de
profundísimos precipicios? Porque, desengañémonos—decía mi amigo—
y no nos hagamos ilusiones: en esas Américas que fueron nuestras, son
muy difíciles las vías de comunicación, y desde luego aseguro que al tocar
los inconvenientes se quedará en proyecto el programa de la viajera.»
No por eso me di por vencida, y las reflexiones de propios y extraños
afirmaron mi resolución en vez de quebrantarla, resultado lógico en caracteres
como el mío. Las trabas y dificultades dieron relieve á mi plan, que
sin ellas no hubiese tenido mérito en la realización. Estaba resuelta á embarcarme
en Lisboa, porque según mi itinerario comenzaba mi viaje por
el que entonces era Imperio del Brasil.
Todo cuanto puede hacerse é intentarse, hicieron é intentaron mis amigos
para disuadirme del memorable viaje, desaprobando en absoluto
cuanto á él se refería; pero convencidos de la inutilidad de sus esfuerzos,
confiaron al tiempo mi desengaño. No hubo en mí un instante de vacilación,
y sin levantar mano me ocupé en activar los preparativos de marcha.
Un mes después salí para Lisboa, y transcurridos quince días más me
embarqué en el vapor inglés *Tholemy.*
He aquí cómo y no sin vencer serias dificultades emprendí mi viaje al
otro mundo y lo realicé sin alterar en nada mi programa. Durante la travesía
flotaba delante de mis ojos ese continente cuajado de esplendores,
entre caprichosos cortinajes y pabellones de los innumerables helechos y
enredaderas que se enlazan culebreando por los añosos troncos de árboles
seculares; destacábanse á mi vista los penachos de humo que despiden
sus ciclópeos volcanes, y el pie de las nevadas faldas, ceñidas y cubiertas
por el verde musgo y por el lozano ramaje de apiñados y extraños arbustos.
Abarcando la sin par perspectiva, deteníame en los valles de indescriptible
variedad, en los bosquecillos de cocoteros y platanales que amorosamente
sombrean los *ranchos*, en donde sin aspiraciones ni zozobras, con
escasas necesidades, viven felices los indios; la vegetación es tan pomposa
y la Naturaleza tan pródiga, que les da á manos llenas el cotidiano alimento,
y esto á costa de corto y fácil trabajo, que las ardientes caricias
del sol, el fuerte rocío ó la abundante lluvia hacen fructífero.
Las apremiantes necesidades que para el campesino crea el rigor del
clima en Europa, las desconoce el labriego en una gran parte de los extensos
territorios americanos, y puede asegurarse que en sus humildes
chozas disfrutan relativa abundancia y bienestar. No, no; pocas veces encontraremos
esa miseria cubierta de andrajos, esa miseria que se traduce
por la color mate del semblante y por las sacudidas nerviosas provocadas

por el hambre. Jamás se dan casos como aquellos de Londres en que, sin pan y sin asilo, vagan por calles y plazas hombres, mujeres y niños medio desnudos, faltos de alimento y ateridos de frío; no, no, repetimos. En el seno de aquellas sociedades existen grandes y patriarcales virtudes, y las sublimes y divinas palabras: dar de comer al hambriento y vestir al desnudo, se aprenden practicándolas.

Todavía, y á semejanza de las edades primitivas, considérase la hospitalidad como un deber y maravíllase el europeo al ver cómo se ejerce entre pobres y ricos, en campos y ciudades. Felizmente, el egoísmo, gangrena de los sentimientos generosos, invade muy lentamente el Nuevo Mundo, y cuenta en él con escasísimos partidarios.

Y así vemos con asombro que en la gran labor política, en esas alternativas inevitables en pueblos jóvenes y nuevamente constituídos, no se han alterado las santas leyes hospitalarias y el culto á la más hermosa de las virtudes.

Y hospitalarios eran también los indios en épocas anteriores al descubrimiento y conquista, y en tan alto grado, que la persona del huésped era sagrada mientras permaneciese en el seno de la familia y aun cuando de improviso descubriesen en él á un enemigo.

Como en los apartados tiempos patriarcales, cedíase al huésped el puesto de honor en el hogar, y según su jerarquía se le agasajaba en menor ó mayor grado. Estas ó parecidas ideas agolpábanse á mi imaginación, y en alas de mi deseo salvaba las distancias que aun quedaban por recorrer para pisar playas americanas.

El *Tholemy* continuaba su marcha con tiempo hermosísimo, mar tan manso y apacible, que apenas se rizaban sus aguas, semejantes á las de un inmenso lago. ¡Qué auroras suaves é incomparables! ¡qué cielo rico en celajes y constantemente puro y azul! ¡qué tardes embriagadoras y qué ocasos indescriptibles!

Por suerte mía, disfruté también de los poéticos resplandores de la luna durante mi largo viaje, y el astro alabastrino, suspendido en el clarísimo cielo, producíame melancólicos arrobamientos y éxtasis que hasta entonces no había conocido.

El completo silencio, no interrumpido sino por el rumor del agua que se abría y chocaba al paso del vapor; el misterio y soledad del vastísimo mar, y las reverberaciones de la luna sobre las ondas tranquilas y fosforescentes, causaban en mi espíritu impresiones indescriptibles. Téngase en cuenta que la luna es más radiante, más clara, más luminosa, en las regiones americanas, y que su fuerza es tal, que así como el sol ardientísimo

puede producir insolaciones, produce la luna el propio efecto en las alturas tropicales.

La soberana de la noche fué para mí benévola; pues á pesar de mi continua contemplación y del culto y vasallaje que rendí á su hermosura, eso durante larguísimas horas, no me causó indisposición ninguna, como es fama que causa.

Una joven brasileña acompañábame siempre y gozaba con aquellas maravillas y grandiosidades, porque los demás pasajeros se entretenían jugando en el salón de popa ó bien acortaban el tiempo durmiendo á pierna suelta.

La mayoría eran comerciantes franceses establecidos en Río Janeiro, y dos familias vascongadas que se dirigían á las orillas del Plata en busca de porvenir más ventajoso.

Sobre cubierta, á proa, luchaban con el mareo algunos portugueses pertenecientes á esa clase que vive poco menos que en la miseria y ganando un mísero jornal, que apenas alcanza para cubrir sus más apremiantes necesidades. La desesperación y la esperanza de otra vida laboriosa, sí, pero no tan fecunda en amarguras y en pobreza, les hacía buscar segunda patria en el Brasil.

Aquellos infelices, que roían algunas galletas endurecidas por el calor, inspirábanme infinita lástima recordándome tantos españoles que como ellos emigran continuamente, abandonando patria y hogares, dejando el suelo europeo, ya gastado y empobrecido cada día más, y esto precisamente por la falta de brazos para el trabajo.

De improviso, y muy cerca de las costas brasileñas, cambió el tiempo; negros nubarrones velaron la limpidez del cielo, que en cortos instantes tomó aspecto amenazador é imponente. El calor era sofocante, y truenos cercanos y relámpagos continuados anunciaban una de esas tempestades temibles en aquellas latitudes. Las nubes se amontonaron cada vez más para desatarse en lluvia torrencial, y tan fuerte, que cerraba el horizonte por completo.

De repente cayó el vapor sobre uno de sus costados, por efecto de una maniobra tardía ó torpemente ejecutada; la situación era crítica, y no infundado el espanto que sobrecogió á todos los pasajeros. La serenidad y hábil dirección del capitán nos salvó, y el *Tholemy*, irguiéndose de nuevo, prosiguió su camino por entre las encrespadas olas que, coléricas, estrellábanse contra las bordas y se levantaban como nevados riscos ó cataratas colosales, que amenazadoras nos disputaban el paso. Pero otro espectáculo

curioso y entretenido distrajo nuestra atención. Un velo de variados matices y de brillantes colores habíase interpuesto entre mar y cielo, y en rápidas ondulaciones descendía sobre nosotros, extendiéndose por el puente é invadiendo en jirones escaleras, cámaras y camarotes.

Era una espesa bandada de mariposas, que huyendo de la lluvia se refugiaba en el vapor. Allí, asustadas y tendiendo sus alitas de múltiples esmaltes y caprichosos dibujos, permanecieron sin movimiento mientras duró la tormenta, cosa de dos horas, y cuando cesó, levantaron el vuelo y en breves instantes las perdimos de vista.

Aun no veíamos tierra; pero el aire traía hasta nosotros los perfumes de florestas vecinas, que aspirábamos con deleite, regocijándonos el ánimo y devolviéndonos la tranquilidad y la esperanza.

El ardor de la atmósfera había templado con la lluvia, y ni una sola nube empañaba aquel cielo poco antes tan sombrío y triste.

El mar, aunque agitado todavía, formando vellones de blanca espuma, calmábase poco á poco, y los últimos rayos del sol se abrían paso desde el centro de gigantesca bola de fuego por entre celajes incopiables, rosados, opalinos, rojos y azules. La temperatura que disfrutábamos en aquel momento era deliciosa y de esas que sumergen los sentidos en deleitoso arrobamiento.

Lentamente desaparecieron los ardientes destellos del hermoso astro con su séquito incomparable, sucediéndoles la vaga y misteriosa claridad crepuscular que tanto predispone el espíritu á dulces melancolías y á evocar recuerdos queridos.

Aquella última noche á bordo del *Tholemy*, la pasé de claro en claro y conté con febril impaciencia las horas que faltaban para saltar en playas americanas. Parecíame que mi corazón se ensanchaba, y hubo momentos en que sentí locas alegrías y emociones indefinibles.

La joven brasileña identificábase con mis impaciencias y con mis impresiones, porque la aguardaban los amorosos brazos maternales y las caricias de sus dos hermanos; volvía con su padre de un largo viaje emprendido hacía cuatro años, y aconsejado por los médicos, después de larga y penosa enfermedad.

A las cuatro de la madrugada distinguimos como una faja blanquecina muy lejana y casi confundiéndose entre el mar y el horizonte.

—¡El Brasil!—exclamó gozosa mi compañera de viaje.

—¡El Brasil!—repitieron en coro todos los pasajeros agrupados á popa.

En cuanto á mi, no pronuncié una palabra; mis ojos estaban fijos en aquella costa que surgia de las olas y se agrandaba cada vez más. Ya se veían las montañas, aunque medio veladas por la niebla de la mañana; ya se destacaban las frondosidades verdes y lozanas, y podía admirarse la lujosa vegetación. Como en fantástico panorama, alzábanse los escarpados picachos de los *Órganos* y los imponentes peñascales que como centinelas defienden la entrada de la asombrosa bahía.

Y el vapor avanzaba majestuosamente en medio del bullicio y movimiento que se observa en los momentos de próximo desembarco.

Jamás olvidaré la perspectiva que á mi vista se presentaba ni el deslumbramiento que me produjo lo portentoso del paisaje, reflejado en las apacibles aguas como en clarísimo cristal.

Eran las nueve de una hermosa mañana de diciembre de 1873, cuando el vapor inglés *Tholemy* penetró en la bahía de Río Janeiro por la angosta abertura que forman las rocas, pasando al entrar y rozando casi contra el singular y famoso peñasco llamado por su forma El Pan de Azúcar.

Poco después fondeábamos próximo al elevado murallón que aisla del mar la prodigiosa bahía, y entonces abarcaron mis ojos un cuadro asombroso, tal vez único en el universo y que en vano intentaría describir con exacta realidad.

Enfrente de mí levantábanse las agrestes cortaduras de la cordillera Andes del Brasil, coronando los bosques, maravilla de vegetación, las ensenadas y graciosas praderas alfombradas con flores tropicales de variadísimos matices. El sol brillante y abrasador bañaba la mansa superficie del vastísimo é incomparable lago, que reproducía todos los esplendores de la Naturaleza y las accidentadas cumbres del Corcovado y de la Tijuca.

Allá en la meseta de un monte alzábase entre gigantescos árboles y risueñas florestas la iglesia de Nuestra Señora de la Gloria; más lejos, y en vecindad con las nubes, se erguía un antiguo convento de benedictinos.

Las plantas más extrañas estaban al alcance de mi vista, enlazadas en añosos troncos y tendidas de unos á otros como caprichosos pabellones y artísticos cortinajes.

Recreándome con la naturaleza tropical, y de asombro en asombro, me olvidaba de que era la hora del desembarco, sorprendiéndome cual si despertara de profundo sueño al escuchar mi nombre.

—El bote de la Comandancia del puerto la espera á usted, y en el salón dos señoras—me dijo William, oficial del *Tholemy*, con la gravedad peculiar de los ingleses.

Corrí á mi camarote y presurosa me puse el sombrero, los guantes, y pocos minutos después estaba en el salón de música; allí encontré á la joven brasileña, charlando y riendo con dos señoritas portuguesas, hijas de un hacendado á quien desde Lisboa habían escrito unos cariñosos amigos míos.

Las dos jóvenes me ofrecieron en su nombre la franca hospitalidad americana, y juntas nos embarcamos en la falúa de la Comandancia del puerto.

Al saltar en tierra experimenté una de esas sensaciones que hacen época en la vida.

Estaba en América.

Había realizado la primera parte de mi programa y el vehemente deseo que á orillas del lago de Como hicieron surgir en mi mente las fantásticas narraciones del viejecillo Máximo y la lectura descriptiva de los descubrimientos y conquistas.

Este ideal, acariciado durante largo tiempo, era sorprendente realidad la que hacía palpitar de entusiasmo y de gozo mi corazón. ¡América! Suelo feliz, en donde la sabia Providencia derramó cuantos tesoros encerraba su mano creadora, ya imponentes con la majestad del peligro, ya grandiosos por su galanura y su poesía.

Paréceme imposible que puedan existir ateos en el Nuevo Mundo: el hombre más impío, al admirar la pompa de la Naturaleza, ha de elevar un himno al Sér Omnipotente, creador de tantas maravillas, y humillarse bajo el influjo de su poder.

Por lo que se refiere á mí, afirmo que en tierras americanas sentía más arraigada mi fe religiosa, más intensa mi veneración por el Sér Supremo, mezclada con inmenso agradecimiento, cuando mis ojos abarcaban los torrentes, las cascadas, las cimas altísimas, los volcanes de terrible hermosura, las florestas maravillosas, el cielo incomparable, los pájaros de variedad infinita y los insectos y animales extraños que viven en los bosques y anidan en las verdes y espesas copas de los árboles.

He pensado muchas veces en que la vida es demasiado corta para comprender y rendir el justo homenaje de admiración á la obra maestra universal y á su divino Autor. El entendimiento es muy limitado para cantar sus prodigios: la pluma impotente para describirlos: los colores muy pálidos para que el pincel los reproduzca.

Y en América toma proporciones gigantescas y solemnes. Es *algo* superior á cuanto elaboró la mente: la realidad supera á los ideales más inverosímiles.

Esto es incomprensible para quien no ha viajado por ese mundo escondido hacía largos siglos, y que Colón adivinó.

EL BRASIL

Dó Corcovado á magestosa serra
Paira na luz de céu entristecido
Como um phantasma que nas nuvens erra:
Oh mar parece todo um só gemido;
Oh terra de meus paes; oh minha terra
Como eu padeco por te haver perdido.
LUIZ GUIMARAES JUNIOR.

EL BRASIL
COSTUMBRES. — LOS NEGROS. — MUJERES BRASILEÑAS.

MI viaje al mundo de Colón no obedecía únicamente
al interés ó á la curiosidad que inspira
lo desconocido, no; su origen, envuelto en densas
nieblas y objeto de diferentes versiones y
de los profundos estudios de los historiadores;
sus costumbres antiguas y las implantadas por
los hombres de la conquista; sus transformaciones
sucesivas y el escaso conocimiento que
en Europa se tenía de las sociedades de aquellas
apartadas tierras, de sus reformas ó de su
modo de ser, moral é intelectualmente hablando,
fueron otros tantos móviles que me llevaron
á sus playas y me hicieron estudiar concienzudamente
las curiosas y extensísimas regiones americanas.

Por otra parte, había sostenido en Europa acaloradas polémicas; porque si bien celebrábase la belleza y vivacidad de las mujeres de aquellos remotos países, juzgábaselas con notoria injusticia en todo lo que á su ilustración se refería, considerándolas como seres dotados, sí, de clara inteligencia y de corazón ardiente y entusiasta; pero sin iniciativa para el progreso de los pueblos ni amor á ninguna ocupación que alterase su existencia fácil y perezosa.

Creíase, y aun hoy en menor escala es idea arraigada, que la mujer nacida bajo el puro y bello cielo tropical no salía un momento de su indolencia ni se dedicaba á otra cosa que á fumar el cigarrillo medio acostada en su *hamaca* ó meciéndose en la fresca silla de bejuco, mientras que las cholas, indias ó negritas agitaban grandes abanicos de palma ó de preciosas plumas, para alejar el importuno mosquito y sostener agradable frescor.

Parecíame imposible lo que todos aseguraban, y sentía impaciencia febril por demostrar las altas condiciones y virtudes de la mujer americana: hoy puedo juzgarla con amplio conocimiento y estricta imparcialidad. Dicho esto, empiezo á dar cuenta de mis primeras impresiones en el ex Imperio brasileño. Las que se refieren á la capital del vasto territorio, no fueron tan risueñas ni favorables como las que á mi llegada al puerto había sentido.

En aquella época—téngase en cuenta que yo me refiero á 1873—las calles de Río Janeiro, sobre todo las cercanas al muelle, formaban un laberinto de callejuelas parecidas á la antigua *City*, en Londres; pero aun menos aseadas que las de la metrópoli inglesa. Las casas, ocupadas en su mayor parte por comisionistas, comerciantes y banqueros, tenían aspecto antiquísimo; me pareció que muchas amenazaban ruina, si bien de vez en cuando descollaba ante mis ojos alguna de moderna construcción, con grandes y ventilados almacenes que encerraban cuanto Europa y América produce de más rico y más selecto.

En las puertas de las tiendas y en las esquinas de las calles había robustos negros mozos de cordel y otros vendiendo fruta, que me hicieron el efecto de los antiguos gladiadores, porque tenían desnudos los fornidos brazos y el ancho pecho; un pantalón de lienzo era la única prenda de su traje.

En cuanto á las negras, vestían una camisa demasiado escotada, dejando al descubierto la mitad del busto y los brazos de ébano. Algunas cubrían su cabeza con un pañuelo de muselina blanca enrollado á manera de turbante, y en otras era éste de colores chillones y á cuadros escoceses.

Ya se comprenderá que su desnudez me era repugnante, y más aún si á esto se añaden los gritos, la algazara y los ademanes más desenvueltos y atrevidos que el lector pueda imaginarse.

Generalmente escogía yo las primeras horas de la mañana para mis paseos por la población, y sería imposible dar una idea del movimiento que hay desde muy temprano en las cercanías del muelle, ni del extraño aspecto que presenta, y que es tan nuevo como curiosísimo para el europeo. Numerosos carritos-tranvías circulan por todas partes, tirados por caballos que pueden llamarse *poneys*; pero dotados de una ligereza y agilidad asombrosas.

Cada día transportan de un extremo á otro de la ciudad ó conducen á las *chacaras* (quintas) á gran número de pasajeros; porque siendo el puerto y la bahía de Río Janeiro la arteria más importante del país, allí la exportación se hace en grande escala. Entonces la inmigración era muy escasa, y la esclavitud —baldón de la Humanidad—impedía que se desarrollasen los ricos gérmenes en que abunda el Brasil, y los que pude apreciar en las primeras excursiones que hice á las *fazendas* (haciendas) que se encuentran en la provincia de Río Janeiro, medio escondidas entre pintorescas montañas.

¡Y qué horas tan deliciosas pasé en aquellos cafetales, que representan fortunas inmensas noblemente acumuladas; qué estudios hice tan provechosos

en los ingenios de azúcar, y cómo me familiaricé con las costumbres de los campos americanos!

El Brasil es y tiene que ser país agrícola, porque sus productos variadísimos y sus bosques, que por sí solos brindan inmensa riqueza, lo colocan á la cabeza de los pueblos agricultores.

A pesar de la ley abolicionista de 1870, aun existía la esclavitud cuando yo visitaba el territorio brasileño, porque no era aquélla de cumplimiento inmediato, y sin acontecimientos posteriores hubiese subsistido durante treinta ó cuarenta años la odiada y antihumanitaria institución.

En algunos ingenios era el trabajo rudo é intolerable: empezaba antes de la salida del sol y no cesaba hasta las primeras horas de la noche, sin más descanso que el corto espacio concedido para la comida; al final de la jornada los negros sufrían á veces crueles tratamientos de los *feitares* ó cabos de vara, que, no siempre justos, castigaban con el *chicote*la falta calificada como grave.

La letra con sangre entra, decían los inflexibles dómines, dando palmetazos á nuestros abuelos, y la misma terrible corrección aplicaban á los esclavos los dueños de los ingenios.

Precisamente fuí testigo de uno de esos terribles episodios.

Hacía algunos meses que en la provincia de Geraes había sido vendida al *fazendeiro* de la gran plantación de tabaco en donde yo me encontraba, una negra hermosísima, alta, de rasgados y fogosos ojos, que parecían azabache por lo negros y por lo brillantes; de formas mórbidas y esculturales; de cutis suave y asemejando al ébano bruñido; amable y servicial como ninguna de sus compañeras, pero siempre triste y siempre pensativa.

Sin explicarme por qué, habíame interesado María de los Ángeles, y como sabía yo que era recién llegada, aguijoneábame el deseo de escudriñar en su pensamiento para saber las causas de sus tristezas.

En un país en donde por entonces había 1.300.000 esclavos considerados como máquinas ó como bestias de carga, claro es que nadie se ocupaba en averiguar las penas ni las desgarradoras torturas del corazón de aquellos infelices, sujetos á un grillete más inhumano aún y más pesado que el de presidio.

Un día las jóvenes portuguesas que me hospedaban en Río y eran mis compañeras de excursiones, dispusieron un paseo á caballo por los bosques y la visita á una plantación de algodón. Debo consignar aquí que soy apasionada por las maravillas de la Naturaleza, y ésta en América no podía menos de ser objeto de mi entusiasta admiración: sin exagerar, puedo añadir que he rendido verdadero culto á su asombroso esplendor.

Al amanecer salimos de la hacienda contentísimas, porque la serenidad de la atmósfera, la brisa que amorosamente acariciaba, los cafetos y las plantas, que exuberantes cubrían los campos, y el cielo de un azul desleído en nácar, contribuían á la ruidosa alegría que demostraban todos los de la cabalgata.

Penetramos en la selva espesísima, en la que los primeros albores de la mañana esparcían vaga y misteriosa claridad. Nadie que no haya atravesado uno de esos tupidos bosques de América, puede concebir lo sorprendente de la vegetación ni estimar en todo su valor la rica savia de aquella tierra privilegiada.

A pesar de que ya los ardorosos fulgores solares bañaban las copas de los árboles, eran éstos tan altos y aquéllas tan anchas y frondosas, que no permitían la invasión del astro rey y conservaban el frescor inalterable y grato y la lozanía de los variados parásitos que en estrecho abrazo se enroscaban en los añosos troncos, confundidos con graciosas enredaderas y formando con ellas inimitables guirnaldas que de un árbol á otro se tendían en múltiples series y trepaban hasta deslizarse por entre el follaje ambicionando el caliente beso del sol.

Durante dos horas caminamos por los bosques, deteniéndonos de vez en cuando para que algunos esclavos que iban de exploradores facilitaran el paso de los caballos, que la prodigalidad de la Naturaleza hacía difícil y á veces imposible. Detuvímonos al desembocar en un extenso y risueño valle, limitado á lo lejos por nuevas espesuras. La olorosa piña y los naranjos en flor saturaban la atmósfera con aromas exquisitos, los que aspiramos con verdadero deleite.

Un cañaveral extendíase al pie de verdes colinas, y algunos ranchos esparcidos por el prado, completaban el panorama que á nuestras miradas se presentaba.

Hicimos alto y nos apeamos.

Ya las negras venían hacia nosotros con grandes calabazas llenas de leche, la que bebimos con ansia, porque el calor era fuerte y nos atormentaba la sed; por otra parte, todavía estábamos lejos de la hacienda en donde nos esperaban para almorzar, y era muy conveniente aquel refrigerante y saludable líquido, que al beberlo encontramos delicioso.

—Que se repita—gritó uno de nuestros acompañantes, joven brasileño de buen humor que era el alma de aquellas excursiones.

—Que se repita—añadimos todos riendo y celebrando la idea, porque á la verdad respondía á nuestro deseo.

Volvieron las negras á colmar las calabazas, y cada cual apuró la suya hasta la última gota.

Satisfechos y más alegres y alborozados que colegial en vacaciones, montamos á caballo y salimos á galope. A las diez llegamos á los algodoneros, altos y cuajados de capullos entreabiertos que dejaban escapar los blanquísimos copos del útil vegetal. Por entonces empezaba á explotarse, y con esperanzas de resultados inmediatos para los industriales. El azúcar, el café, el tabaco, el arroz y el cacao eran en aquella época los elementos principales de riqueza, pues que la inestimable de las maderas, gomas y plantas medicinales en que rebosan los bosques del Brasil, desconocíase casi totalmente y estaba virgen y guardada por palmeras gigantescas y por murallas de fantástica arquitectura.
Caprichosos arroyuelos y ríos caudalosos dan vida imperecedera á esos dones de la Naturaleza.
La cera es abundantísima, y la canela y la vainilla, la quina y el maná, la copaiba, la ipecacuana, el añil y la seda vegetal. ¡Cuántas maravillas pasaron aquel día por delante de mis ojos! ¡Qué horizontes de prosperidad surgieron entre las nieblas de trastornos inevitables y de evoluciones necesarias!
Reflexionaba yo en que el Imperio no podía durar mucho; que en la América republicana era un anacronismo, por más que el anciano emperador fuese liberal, más diré, demócrata, y tal vez en mayor grado que muchos de los presidentes republicanos. Pero ceñía corona, y lo peor de todo era su yerno, cuya impopularidad iba en aumento: jamás el pueblo brasileño podría aceptarlo como emperador consorte. Pesan sobre los Orleans el baldón de Felipe Igualdad, las tribulaciones de la sin ventura María Carolina, duquesa de Berry, y las ingratitudes y odiosos manejos de Antonio de Orleans, duque de Montpensier.
Para mí era seguro que el trono del Brasil debía desmoronarse al morir D. Pedro II de Braganza, y que el país, entrando de lleno por la senda republicana, formaría uno ó más Estados libres.

Los acontecimientos se han precipitado: el Brasil es hoy una República á la que sólo falta consolidarse para ser una nación fuerte y adelantada, y lo único que puede censurársele es no haber sabido esperar ocasión más oportuna sin herir el noble corazón de su último emperador.

Y aquí pongo punto final á mis politiqueos y me engolfo otra vez en los recuerdos de aquel paseo delicioso.

Después de haber almorzado volvimos á distraer el ánimo con las escenas agrícolas y con impresiones de la vida campestre, y cerca de las

cinco resolvimos regresar al cafetal; pero tomando diferente camino, porque el paso por el bosque era peligroso después de anochecer.
El tigre habita en lo más enmarañado de la selva, y sale cuando desaparece la luz del día.
Subiendo colinas y bajando por angostos desfiladeros, agrestes y escabrosos, caminamos tres horas poco más ó menos, entrando al cabo de ellas en un tortuoso sendero que en línea recta conducía al hermoso valle asiento de la hacienda.
Las sensaciones gratas experimentadas aquel día reflejábanse en lo risueño de nuestros semblantes y en lo animado de la conversación. De pronto heló nuestro alborozo un grito desgarrador. Era de mujer. Instintivamente apresuramos el paso de los caballos, y como la distancia era muy corta, la salvamos en breves instantes, aguijoneados por otros dos gritos de angustia y de dolor.
Al entrar en el gran patio de la casa, escuchamos sollozos y gemidos, á la vez que la voz colérica y desentonada del *feitar*. Aquel hombre desatábase en imprecaciones contra la mujer que lloraba y gemía. Echar pie á tierra y correr todos al segundo y extensísimo patio de la *fazenda*, fué simultáneo. Allí, acurrucada en un rincón, vimos á María de los Ángeles con la espalda descubierta y brotando sangre. Cerca de la pobre negra estaba el *feitar* vomitando improperios y palabras groseras. Al adivinar lo que había pasado, no sé lo que sentí: indignación contra el brutal cabo de vara, piedad inmensa por la infeliz mujer, simpatía por sus infortunios y horror profundo por la esclavitud, que anulaba todos los sentimientos generosos y humanos, convirtiendo al hombre en verdugo de sus iguales: en salvaje más sanguinario y temible que las fieras.
¡Y pensar que durante años y siglos haya existido tan bárbara, cruel y anticivilizadora institución! ¡Pensar que han sido necesarios tantos esfuerzos de oratoria, poderosas luchas, guerras abolicionistas y tenaces propagandas de la idea caritativa y cristiana para abolir el inhumano tráfico y la servidumbre forzosa de millares de seres, sin patria, sin hogar y sin familia!
El *feitar*, y poco después el *senhor fazendeiro* ó amo de la hacienda, intentaron probarme que sólo por el terror y por el castigo se conseguía dominar á los negros y hacerles cumplir con su deber, añadiendo que María de los Ángeles habíase hecho acreedora, no sólo á la *palmatoria*, sino á tratamiento más severo. Pregunté el por qué.
—Ha intentado fugarse dos veces desde su llegada al cafetal; quiere volver á Geraes—me respondieron.

No satisfecha mi curiosidad, y por otra parte deseosa de consolar á la pobre negra, formé el proyecto de ir á verla, y en el mismo instante lo puse en ejecución; pero al atravesar por uno de los patios encontré un grupo de gente de color que bailaba á la luz de la luna, y me detuve sorprendida. Acompañaban el extraño bailoteo con canciones á coro, gritos agudos y contorsiones provocativas. Los quiebros y movimientos de las mujeres de color no carecían de gracia ni de voluptuosidad, recordándome vagamente la *jota* y otras danzas nacionales.

Largo rato contemplé el espectáculo, que era como un complemento de la vida en las haciendas; pero acordándome de María de los Ángeles di dos pasos en dirección de los barracones en donde sabia que estaba encerrada: nueva dilación y nueva sorpresa.

Los negros habían interrumpido su baile y uno de ellos cantaba las *modiñas:* era la primera vez que oía yo el singular y curioso canto, y quedé embelesada mientras que éste duró.

La complacencia del dueño de la hacienda abrió la puerta del barracón en que Maria de los Ángeles sufría formando nuevos planes de evasión, porque es indudable que los castigos y las amenazas despiertan nuevo vigor y mayor empeño para sustraerse á las tiranías.

La benevolencia suele matar á veces una idea de independencia; pero la persecución y el rigor jamás.

La historia de la hermosa negra me conmovió, interesándome.

Amaba á un compañero suyo en los ingenios de azúcar de Minas Geraes, y en vano había querido ablandar el frío egoísmo de su amo y hacerle desistir de su propósito de venta. Era joven y seductora, y le ofrecían un precio elevado: por eso fué sordo á las súplicas y á las lágrimas.

A poco de estar en la provincia de Río, tuvo noticia de la fuga de su amante y del sitio en donde se ocultaba, esperándola para internarse en los bosques y lograr la libertad.

¡Pobre María de los Ángeles! ¡qué días y qué horas había pasado, acechando el momento oportuno!

Por dos veces se creyó libre, y su desgraciada suerte la había hecho caer de nuevo en los horrores de la esclavitud; pero aunque desgarradas sus carnes por la *palmatoria*, sentíase más resuelta que nunca para luchar.

No entró en los pormenores de su historia sin llorar desconsoladamente, no bastando mis palabras para consolarla ni la promesa de que yo procuraría interponer mi influjo y suavizar su situación.

No desperdicié un momento para cumplir lo que había prometido, y fuera por cortesía ó porque realmente despertase yo los sentimientos benévolos

que dormían en el corazón del hacendado, lo cierto es que, no
sólo conseguí el perdón de la infeliz negra, sino la compra de su compañero,
errante por los bosques y expuesto á caer en manos de su antiguo dueño.
Este aceptó aquel traspaso y recibió el dinero valor de la venta, para él
ventajosísima, pues en el caso de que el negro lograse evadir la persecución
perdería todo.
Recorriendo otras provincias del Brasil me impuse de su organización
administrativa y de sus evoluciones económicas y financieras.
El movimiento de importación y exportación había aumentado considerablemente;
siguiendo en grado progresivo, ha dado un resultado de
147 millones de pesos por artículos importados y 120 millones por los exportados.
En 1873 daba el censo 9.030.478 habitantes, que en la actualidad y
refiriéndonos á estadísticas muy recientes ha subido á un total de 14 millones.
En relación con el inmenso territorio—8.337.218 kilómetros cuadrados—
cuenta el Brasil con un número muy inferior de población por kilómetro
á la de su vecina la República Oriental del Uruguay, que relativamente es
una de las más pobladas de América. El producto de las contribuciones
había llegado en 1889 á 140.000 *contos*, ó sean setenta millones de duros.

La más importante de aquéllas era la de aduanas; después la de propiedad
edificada, la de industrias y profesiones, transmisión de propiedad, el consumo
de productos de industria nacional y otras más insignificantes.

En el año ele mi llegada tenía el Brasil algunos ferrocarriles en construcción,
otros en estudio y varios ya en explotación.
Hace como año y medio sorprendióme una noticia que por su magnitud
creí de aquellas que necesitan cuarentena. Tratábase de la construcción
de un ferrocarril que desde Recife (Pernambuco), y recorriendo
6.000 kilómetros, fuese hasta el puerto de la comercial Valparaíso, es decir,
desde el sur del Atlántico hasta un puerto del Pacífico.
Como se comprende, el proyecto y el plan obedecían á un pensamiento
tan atrevido como colosal. El Gobierno autorizó los estudios que eran
indispensables para ponerlo en práctica. La abolición completa de la esclavitud,
decretada en julio de 1888 y otorgada por la princesa regente,
era una garantía para los capitales europeos interesados en el proyecto
gigante que había de contar con los brazos y la inteligencia de numerosos
emigrantes recién llegados á las fértiles playas brasileñas.
La audacia de la idea era tal, qué costaba trabajo darla crédito, y eso
me sucedió á mí. A la verdad, cuando se considera que en principio de
este siglo viajábase en América con imponderables dificultades por caminos
más propios para ardillas ó cabras que para personas, y llevando, como

suele decirse, el credo en la boca, no pueden menos de causar asombro los adelantos que han disminuído las enormes distancias y enlazado fraternalmente á los pueblos.
Evoquemos á los conquistadores de aquellas apartadas tierras, y. fijándonos en la falta absoluta de medios de transporte, apreciaremos los descubrimientos en todo su valor.

¿Quién les diría á los chibehas, á los incas, á los pieles rojas ó á los toltecas y aztecas que al cabo de algunos siglos había de pasar una máquina de fuego por los bosques entonces desconocidos, por los prados solitarios, por los peñascosos desfiladeros y hasta por las escarpadas cumbres de la cordillera andina?

¿Y cómo los indios ni los europeos, hubiesen adivinado que en un siglo portentoso había de discurrirse una línea de ferrocarril que desde los hielos de la Siberia y atravesando el estrecho de Behring por un atrevido puente igual al de Forth ó al proyectado sobre el canal de la Mancha, uniese el viejo con el nuevo continente?

Hoy ya no existe la palabra *imposible*, y el hombre lucha y se afana por allanar obstáculos y resolver problemas.
Y en efecto, que de llevarse á cabo la idea estupenda será el broche riquísimo y más extraordinario que cierre los anales del siglo XIX.
El ferrocarril *trasiberiano* tendrá una longitud de 6.500 kilómetros, y en su punto final entroncará con la línea del Canadá, que mide 5.000.
Desde este último punto están allanadas las dificultades: la locomotora conduce hasta Nueva York, y de allí á México.
¡Y qué diversos países por extremo curiosos se presentarán á las atónitas miradas del viajero! ¡Qué diferencia de climas! ¡Qué distintos paisajes! ¡Qué variadas impresiones!
Debe tenerse en cuenta que para 1892 habrá terminado también otra línea admirable y ya en construcción, que escalando los Andes pondrá las repúblicas del Plata en comunicación con Chile.
La línea va de Buenos Aires hasta Valparaíso, y mide 871 millas.
Un túnel horada la cordillera á una altura de 10.450 pies sobre el nivel del mar. El ferrocarril trasandino será la gran arteria para el comercio entre el oriente y occidente americano. La locomotora disputa al mar sus privilegios; ahí quedará el cabo de Hornos á solas con sus peligros y con sus tormentas.
Esa inmensa red de ferrocarriles asombra; pero se me ocurre una pregunta: la que une la Argentina con Chile y la de Pernambuco con Valparaíso,

¿no podrán ser más tarde y en caso de guerra una desventaja para alguno de esos pueblos?
A la verdad, después de tantas construcciones colosales, después de inventos y adelantos que parecen prodigios soñados é irrealizables, ¿qué nos reservará el siglo xx? ¿Qué resultados grandiosos, qué maravillas, producirán las luchas de la inteligencia y las torturas del pensamiento?
Más de una vez he deseado algo imposible; pero que está de acuerdo con mi genuína curiosidad y con mi ardiente amor por las innovaciones.
Aletargarme, dormir por espacio de treinta ó cuarenta años y volver á la razón y á la vida intelectual cuando la electricidad haya vencido al vapor; cuando tengan los globos dirección fija y sean uno de tantos medios de transporte; cuando la Industria y la Ciencia hayan creado máquinas y materiales que eclipsen las que hoy creemos modelos de perfección; cuando el fonógrafo, el teléfono y demás portentosas creaciones de Tomás Alba Edisson, ese admirable y admirado sabio, ese sublime inventor norteamericano, se hayan generalizado y sean en las casas como un mueble de primera necesidad.
Yo no sé si al llegar al período más culminante de la civilización no habrá un descenso rápido, como se advierte en todos los pueblos de la antigüedad; pero estoy persuadida que si Europa al llegar al apogeo del progreso desciende, no será lo mismo en América, no; ésta tendrá entonces la supremacía sobre los demás pueblos del universo.
Ahora pienso en que tales reflexiones me alejan de los episodios de mi viaje, y los reanudo en Río Janeiro, adonde regresé después de haber recorrido algunos pueblos agrícolas y las importantes *fazendas* que empezaban á tener inmenso desarrollo, sobre todo en aquellas que se ocupaban del cultivo del café y del azúcar. Cuando volví á la capital brasileña, satisfice uno de mis vehementes deseos: visitar el Jardín Botánico, del que no pocas veces había oído ponderar la belleza. La realidad superó á la idea que yo había formado.
Nos dirigimos al edén tropical por un camino de los más pintorescos, tanto por la variedad de los paisajes, cuanto por lo caprichoso y accidentado. Unas veces costeábamos la bahía apacible y cubierta de buques, y otras caminábamos al pie de las montañas por entre graciosas *chacaras* y fragantes jardines.
De lejos admiraba yo un altísimo toldo de follaje, una bóveda artísticamente construída por la Naturaleza, y subió de punto mi éxtasis al entrar en aquel delicioso lugar. Palmeras gigantescas entrelazan sus gallardas copas y cierran el paso á los calientes rayos del sol; la vaga claridad

que resulta extravía la mente y la hace soñar con la ciclópea arquitectura de los pueblos orientales. Para prolongar la ilusión me detuve largo rato apoyada en uno de los esbeltos pilares.

Después caminé de sorpresa en sorpresa y de arrobamiento en arrobamiento. El Jardín Botánico de Río Janeiro es una maravilla por la riqueza de plantas extrañas y por la exuberante galanura que presentan. Allí crecen al aire libre las begonias, tan apreciadas en Europa y que tanto cuidado requieren en los invernaderos para que la temperatura de los climas fríos no las marchite; allí los captus de infinitas variedades; allí los níveos jazmines del Cabo, altos y frondosos como árboles. También los cedros del Japón y los del Líbano; hay profusión de helechos rarísimos y de guirnaldas de flores tropicales y europeas.

Haciendo un esfuerzo, salimos de aquel paraje, empleando todo el resto del día en una casa de campo.
Entonces pude apreciar á la sociedad brasileña en la vida íntima. Adviértese en ella lo mismo que se advierte en las repúblicas hispano–americanas: el carácter y las costumbres de su madre patria; pero conservando mucho de patriarcal y de hospitalario, lo que ya por desgracia va perdiéndose en Europa. El brasileño es cortés y afable, por más que á primera vista parezca un tanto altivo y reservado; es amante del hogar, en donde se procura los goces y comodidades indispensables para la vida; pero sin ruinosos gastos ni el desbarajuste que da al traste con las fortunas más considerables, y de éstas las hay numerosas en el Brasil, debido á los grandes elementos de riqueza que posee aquel país, por más que desde hace algunos años deje mucho que desear la situación económica.
Las causas son fáciles de comprender. Las contribuciones no han estado equilibradas: menos paga el opulento banquero que los comerciantes, industriales ó labradores, causa de que en 1873 fuese enorme el déficit.
Y eso que el país ha gozado de paz inalterable durante larguísimo tiempo y el brasileño ha podido dedicarse completamente á la administración de sus inmensas propiedades, al aumento de sus rentas y á la grata vida de familia. La dulzura del idioma portugués acentúa más la delicadeza del trato, que entre las señoras es delicioso.

El calor excesivo engendra en la mujer de la clase media ó de la aristocracia hábitos caseros y la hace poco callejera; su mayor placer consiste en consagrarse á sus hijos y en ser la soberana del hogar. He visto algunos tipos femeninos muy hermosos; pero las mujeres brasileñas en general no llaman la

atención por su belleza, mas sí por su carácter dulce y
suave y por la expresión de sus ojos negros.

Por lo que alcancé á juzgar, la educación y la cultura del sexo femenino
no era por entonces tan profunda ni tan extensa como lo es ahora; pero
á pesar de esto la viveza de la imaginación y la inteligencia natural han
hecho descollar á no pocas mujeres, para honra y gloria del Brasil.
De ellas voy á ocuparme, siquiera sea para bosquejar sus méritos.
En un paradisíaco valle de las provincias orientales del Brasil, extendíase
el cacicato de Tupinambas, y allí, bajo los toldos de eterno verdor y
en florestas de inextinguibles perfumes, habitaba la bellísima Paraguazú.
Era por el año 1535, y cuando ya desde principios de aquel siglo había
sido descubierto el Brasil por Cabral. Muchos capitanes portugueses,
vasallos de Juan III, recorrían el territorio y se internaban para explorarlo;
pero nadie había llegado hasta Tupinambas, en donde sólo por algunos
indios que huyeron de los puntos de desembarco se tenía noticia de
los hombres blancos, muy diferentes de aquellos habitantes de los bosques,
de cutis bronceado, cabellos lacios y negros como el cuervo y ojos
en donde arde el fuego de los trópicos. No ignoraban que muchas de las
tribus habían disputado el paso á los intrusos y que éstos disponían de armas
que diezmaban á los indios y los vencían.
Un día, á la caída de la tarde, vieron avanzar hacía la playa una casa
flotante, que las olas encrespadas por imponente tempestad amenazaban
destruir.
—¡Los hombres blancos!—exclamaron apiñándose en la orilla del mar
enfurecido y á pesar de la lluvia torrencial.
Entre asombrados y miedosos presenciaron su lucha con el irritado
elemento, y aunque les aguijoneaba la piedad en favor de aquellos desventurados,
rehuían seguir su impulso, temiendo fuesen los enemigos de su
raza, que poseían poderosos medios de destrucción.
A medida que el viento era más fuerte y que arreciaba la lluvia, crecía
el riesgo de los navegantes y en vano pugnaban por llegar á tierra, ya ésta fuese
hospitalaria ó adversa. Además, en la entrada había rocas que,
ocultas por el agua en las altas mareas, era imposible distinguir entre
el furioso vaivén de las olas y por la proximidad de la noche. De repente,
confundióse con el fragor del trueno un grito de espanto, de agonía,
de supremo dolor. Un relámpago iluminó la playa y el mar; sobre las
olas, tan altas como montañas, flotaba el cuerpo de un hombre. Del barco
y de los demás tripulantes, ni señal; un escollo había tragado todo. Las

moles de agua se disputaron al infeliz náufrago, hasta que por último lo arrojaron sobre la arena.
Diego Álvarez de Correa era un portugués que, llevado de su ambición por los descubrimientos, habíase internado por aquellas costas con otros compañeros para explorarlas, saltar en tierra y tomar posesión en nombre del rey de Portugal; este plan lo destruyó la tempestad.
El náufrago encontró asilo en casa del cacique de Tupinambas, padre de Paraguazú.
No tardó el amor en unir á la seductora india con el aventurero portugués, y en aquel encantador oasis corrieron las semanas y los meses, dándole la confianza del cacique y gran prestigio entre los indios.
Paraguazú tuvo para el europeo las atenciones más delicadas, el interés más tierno y cifró su felicidad en emplear todos los medios para que olvidase la patria, única rival que tenía en el corazón de Diego.
La dicha de la india no conoció límites cuando llegó á ser esposa de Caramurú (creador del fuego), nombre que le daban las tribus, porque miraban al portugués como á un ser sobrenatural.
Bien quisiera Diego salir de un centro que no era el suyo y volver á la vida activa y civilizada, y como tenía puesta su esperanza en la casualidad que llevase algún buque por las inexploradas costas, pasaba horas y horas cada día, escudriñando el horizonte hasta donde le era dable alcanzar con la vista.
Mientras tanto Paraguazú se instruía espontáneamente, para ponerse al nivel de su marido, soñando para él con algún cacicato y acostumbrándose con fácil soltura al idioma portugués. Su agudeza y su ingenio encantaban á Diego; pero no hasta el punto de que rechazase la idea de la fuga ni desistiese de la resolución de abandonar á su mujer. Nunca pensó en sondear su pensamiento, porque estaba persuadido de que Paraguazú no consentiría en salir de Tupinambas.
El impaciente deseo de Diego se cumplió con el paso de un barco impelido por los vientos hacia el golfo de Bahía.
A sus señales y gritos, respondieron los del buque enviando un bote, y ávido de alcanzarlo cuanto antes, lanzóse Diego al agua y nadó con más vigor al oir un grito de Paraguazú. La india, adivinando el intento, se había arrojado al mar, y animosa y conducida por el imán de su amor, llegó á la lancha al propio tiempo que Diego, y con él la condujeron á bordo del navio, que era francés.
En París y en la corte de Catalina de Médicis brilló como una estrella la india del Brasil, no sólo por su belleza magnífica y por sus formas escultóricas,

sino también por su entendimiento despejado y por la cultura rápida que adquirió. Aquella mujer, nacida, criada en las selvas y en la absoluta ignorancia de la civilización, no tardó en conquistar el interés de la reina, que la apadrinó al hacerse católica: Paraguazú se llamó en adelante Catalina Álvarez.

No se le ocultaba á Diego la influencia que ejercería en las tribus de Tupinambas la inteligente brasileña, precisamente en los momentos en que se extendía la dominación portuguesa y se colonizaba el país. Su proyecto tuvo inmediata realización.

Como la mayoría de los pueblos de América, organizábase el Brasil-colonia, y no escasearon, á semejanza de aquéllos, los ambiciosos y los perversos que hicieron odiosa la conquista y desprestigiaron las respectivas Metrópolis por sus abusos y tiranías; uno de ellos fué Pereira Coutinho, que envidioso de la saludable influencia que Caramurú y Catalina ejercían sobre los indígenas, mandó encarcelar al portugués, sin parar mientes en los servicios que él y su mujer habían hecho á Portugal.

En breve se arrepintió de su imprudencia y ligereza. Paraguazú enarboló la bandera de la rebelión y amotinó todo el país contra los portugueses.

Sus fieles indios tupinambos tomaron las armas y vengaron la prisiónde Caramurú, con la muerte de Pereira Coutinho y la de un hijo suyo. La cabeza del primero fué paseada en triunfo.

Hace contraste con el arrojo de la heroína india, su fe religiosa y su ferviente empeño por enaltecer el Catolicismo. A esta singular mujer se debe la fundación del primer templo consagrado á Nuestra Señora de Gracia, y el donativo del mismo, amén de muchas tierras, hecho á los padres benedictinos.

Todavía se enorgullecen con descender de la valiente indiana las más encopetadas familias brasileñas.

Los siglos XVI y XVII fueron por demás aventureros, y el descubrimiento de América alentó las ambiciones generosas de gloria ó las bastardas de lucro y de dominio: centenares de hombres lanzáronse al mar en busca de lo desconocido.

El empeño de los holandeses se fijó en el Brasil, codiciosos de sus riquezas y azuzados por la envidia que les inspiraban España y Portugal.

En son de guerra se presentaron en los puertos, ajenos á la idea de resistencia que habían de oponer los portugueses, preocupados éstos en sus luchas con los indígenas y en consolidar su dominio en la vastísima extensión del territorio.

Pero la empresa no era tan fácil como la juzgaron, y la tenacidad de los holandeses se estrelló contra la activa perseverancia y el arrojo de los colonos y de los indios.

No es mi propósito narrar hechos extraños á este libro y propios para figurar en la historia de América; pero sí pondré en evidencia el heroísmo de otra india brasileña, Clara Camarao. Con singular acierto y con el valor de un soldado, organizó en Porto–Calvo un batallón de mujeres, y poniéndose al frente peleó sin tregua y con gloria contra los holandeses.

En crónicas portuguesas se conserva el nombre de otra mujer admirable, Rosa María Sigüeira; por los años de 1713 se embarcó para Lisboa con su marido, Acunha Sotomayor. Como á la mitad del viaje, unos corsarios argelinos, que por entonces eran tiranos del mar, asaltaron la nave, intentando apoderarse de ella. Rosa María reveló en aquel instante tener corazón heroico y alma grande. Ella fué la primera en la pelea, y con su ejemplo lucharon todos como leones. *¡Viva la fe de Jesucristo!*, voceó la intrépida americana, y aunque los argelinos lucharon con rabioso tesón, fueron rechazados y el buque llegó libre á Lisboa. Allí vivió largos años Rosa María, siendo objeto de la admiración y del aprecio general.

En los variados y notables tipos de mujeres nacidas bajo el sol brillantísimo del Brasil, no dejaremos en el olvido á la inmortal abadesa del convento de Lapa, que en la época procelosa de la independencia dió su vida en defensa del sagrado asilo.

Sor Juana Angélica murió en las puertas del claustro, atravesada por bayonetas portuguesas. Sólo entonces quedó franca la entrada del convento para las tropas del general Ignacio Luis Madeira.

Otro rasgo de patriotismo, no tan sangriento, pero sí tan célebre como el del monasterio de Lapa, ilustró en Bahía el nombre de María Medeiros. El santo amor por la independencia armó su brazo para combatir como soldado, logrando que en la noble cruzada la acompañasen otras matronas tan esforzadas como ella.

El emperador Pedro I recompensó sus grandes servicios con la Orden de Cruceiro. Declarado el Brasil independiente, volvió María Medeiros á las tranquilas faenas del hogar y á la condición pacífica propia de su sexo.

Debemos consignar que únicamente en las grandes evoluciones patrias puede comprenderse y admirarse la mujer-guerrero, porque en el orden natural de las cosas no es compatible el manejo de las armas con la delicada misión femenina.

Pero las coronas cívicas no son las únicas que han ceñido la frente de la mujer brasileña, no; también la han favorecido las musas con las de inmortal laurel.

En el siglo XVIII manejó la rima con admirable maestría Amaral Rangel, conocida por el nombre de la *musa ciega*, porque desde su infancia careció en absoluto de la vista. Qué dulzura y qué encanto hay en los versos improvisados: revélase en ellos exquisita sensibilidad y las ricas galas de una imaginación vehemente y poblada de bellezas ideales que surgían á favor de la balsámica y espléndida Naturaleza, desarrollándose al majestuoso ruido de las cascadas y de los torrentes.

Amaral Rangel era vástago de tronco ilustre, lo que, acompañando á su ingenio singular, la dió el respeto y la consideración de la sociedad brasileña.

En un libro que lleva por título *Sentencias*, he saboreado el pensamiento profundo y moral de otra entidad literaria de este siglo, y he observado la tendencia innovadora, las ideas que empezaban á ser dominantes, por más que luchasen todavía contra rancias preocupaciones.

Su patria llamó *la Filósofa* á la célebre autora de *Sentencias*, una de las mujeres más cultas y notables del Brasil.

Hermelinda Gracia de Cunha Mattos era hija del general del mismo apellido, y desde muy niña reveló la elevada inteligencia que poseía, la cual adquirió completo desarrollo por la educación, que para aquellos tiempos había sido esmeradísima.

Préstase grandemente el idioma portugués para la literatura; porque si no posee la riqueza del castellano ni la energía, tiene en cambio la dulzura y es armónico y melodioso casi como el italiano; con éste y con el portugués estoy bastante familiarizada para poder apreciar sus condiciones.

El idioma que enalteció Camöens ha tenido y tiene en las apartadas tierras que riega el Amazonas, muchos y notables intérpretes. Un mundo admirable de ideas ha brotado al calor de aquel clima feraz, para gloria de las bellas artes, de la poesía y de la literatura en general.

Después de visitar *chacaras* y *fazendas*, tocóle el turno á Petrópolis, risueña residencia del emperador, que entonces viajaba por Europa y Estados Unidos. Los alrededores de Río Janeiro no tienen, no pueden tener rival, como vegetación siempre joven, fresca, lozana y exuberante.

Las campiñas son deliciosas y fertilizadas por hondos y anchos ríos, en donde se reflejan las flores más especiales del mundo y los árboles más hermosos, entre ellos el *ombu*, ensalzado y celebrado por los poetas. En grande abundancia, crece particularmente en las orillas del río Paraná,

que tiene origen en la Sierra-do-Espinazo, y que en su tumultosa carrera atraviesa inmensas soledades, valles deleitosos, comarcas de inagotable riqueza, ofreciendo profundo cauce para la navegación.
No hay para qué hablar de pájaros y flores: unos y otras abundan tanto y son de tan extraña variedad y tal primor, que no encuentro posible describirlos, dejando ese estudio prolijo para los naturalistas.
Registrando archivos y desempolvando libros antiguos, á fin de sacar apuntes necesarios para la historia general de América, pasaron más semanas de las que yo había pensado consagrar al Brasil, y me confesé á mí misma que me faltaba el tiempo para ver en Río Janeiro algunos edificios de reciente construcción: también tenía que renunciar á internarme en el corazón del país, si no quería alterar el plan trazado para mi viaje.
Con gran sentimiento de los amigos que constantemente me habían acompañado desde mi llegada, y no siendo menor el mío al abandonarlos, resolví embarcarme para Montevideo, llevando el convencimiento de que en el Brasil, y en época no lejana, se preparaba un gran cambio radical, reclamado por la situación económica y el malestar general, á la vez que por la inmensa oleada de ideas nuevas y progresistas que habían tomado carta de naturaleza en el Brasil.
Además, parecíame que un Imperio en América era el mayor de los absurdos, el error más estupendo. Admiraba la gran figura de D. Pedro II de Braganza; pero no comprendía la existencia de un trono entre el gran núcleo de repúblicas. Hoy esa monarquía, proclamada en 1822, al separarse de la metrópoli portuguesa, ya no existe. Una gran República nace en las orillas del Amazonas. No sé lo que tardará en consolidarse; no sé hasta qué punto estará exenta de discordias y luchas civiles; ignoro qué derechos, qué libertades y qué organización adoptará;
pero lo cierto es que fraterniza en ideas y en la forma de gobierno con todos los pueblos americanos.
A la sombra del nuevo sistema, y consolidado éste desarrollará el país sus fuerzas de titán y los briosos elementos prodigados por la Naturaleza, aun cuando tal vez atraviese para consolidarse por períodos luctuosos y difíciles, como sus hermanas las repúblicas de origen
español.
Las discordias, las contiendas fratricidas que han regado con sangre el suelo de la libre América, han tenido por cimiento varias causas, entre otras la vanidad; la ambición desmedida del mando, que se sobrepone al patriotismo; la falta de respeto á las leyes y á la Constitución; el bastardo deseo de enriquecerse á costa de los pueblos y de crear en cortísimo plazo

fortunas colosales, que después se gastan alegremente saboreando los placeres de París, y por último el convencimiento ó la creencia de salvar á la patria de tiranías imposibles y de gobiernos arbitrarios. En este caso, la revolución á mano armada es disculpable y hasta imprescindible.
Ojalá que el Brasil no caiga en esos abismos y se engrandezca y levante á prodigiosa altura, aprovechando los inagotables manantiales de riqueza que debe al Supremo Creador.
El país que tiene una extensión territorial de 3.219.000 millas cuadradas, fertilísimos campos que rebosan en productos de gran valor para la exportación, y ésta facilitada por caudalosos ríos navegables que desembocan en el Atlántico, no puede abrigar temores ni desconfiar del futuro.
La evolución política llevada á cabo podrá detener el movimiento progresista iniciado desde hace algunos años; pero eso no pasa de ser cuestión de poco tiempo, si hechos posteriores no influyen desventajosamente en la marcha del comercio, de la industria y de la agricultura, elemento el más poderoso para el Brasil.
La víspera de mi embarque, y como despedida, me convidaron varias familias á un almuerzo en Botafogo; tocando á la orilla y viendo las bonitas casas de recreo nos trasladamos en un vaporcito hasta una preciosa y apacible playa; allí saltamos en tierra, y poco después tomábamos asiento alrededor de la mesa preparada en el jardín de una quinta, á la sombra de los árboles.
Cariñosos brindis por el Brasil y por España, hicieron inolvidable aquella fiesta, que se completó obsequiándome con varias curiosidades, entre otras dos vasos ó *caias*, hechos por los indios del Amazonas y pintados con bellísimos colores. La cáscara seca de una especie de calabaza sirve para fabricar multitud de objetos muy lindos y apreciados en Europa.
El día pasó como un soplo, dejándome eterno y agradable recuerdo.